

June 16 de Julio 79

"Plaza Pública"

## PLAZA PUBLICA

### Dos Muertes Cercanas Las Víctimas de GDO Y su Canto de Cisne

Por MIGUEL ANGEL  
GRIANADOS CHAPA

El jueves pasado, mientras escribimos el texto de esta misma "Plaza Pública" sobre la muerte de don Ignacio Chávez, pensamos que la muerte iba a poner



en alguna forma de cercanía al rector, que cayó en 1966 con quien promovió su caída, el entonces Presidente Díaz Ordaz, pues según las noticias médicas, el estado de salud de éste permitía pronosticar su propio deceso. Ahora esta muerte ha ocurrido, apenas 72 horas después del fallecimiento de Chávez.

Recordábamos también, a propósito de aquel episodio de la vida mexicana acaecido en abril de 1966, lo que nos rarró más de una vez un alto funcionario, que sirvió a Díaz Ordaz para persuadir al ingeniero Javier Barros Sierra de que aceptara suceder al doctor Chávez en la rectoría: "Nunca falta un pendejo cuando uno lo necesita", fue el agradecido comentario presidencial a la noticia de la aceptación por su antiguo compañero de gabinete.

Por supuesto que ni el propio Díaz Ordaz creía que aquel calificativo era el adecuado para definir a Barros Sierra. Lo había conocido bien durante el sexenio anterior, en que ambos fueron miembros del equipo de López Mateos. Y cuando en diciembre de 1964 se iniciaba su gobierno, el nuevo Presidente ofreció a, ex secretario de Obras Públicas la dirección del Programa Nacional Fronterizo, que Barros Sierra rechazó con ética y lógica impecables: como titular de la SOP se había opuesto a la creación de dicho programa: ¿cómo iba ahora a dirigirlo? Tiempo después, Díaz Ordaz lograría que amigos comunes convencieran a Barros Sierra de aceptar la dirección del nuevo Instituto Mexicano del Petróleo, de donde pasó a la rectoría.

El conocido antiintelectualismo de Díaz Ordaz lo llevaría a tener severas dificultades con los dos rectores de la UNAM que cuya gestión coincidió la suya. Ya recordábamos en este lugar el viernes pasado que fue por su decisión que las hordas encabezadas en apariencia por Espiridión Payán, Leopoldo Sánchez Duarte, Rodolfo Flores Urquiza, etcétera vejaron al ilustre cardiólogo y lo echaron de la rectoría. En 1963, cuando Díaz Ordaz respondió con la violencia a peticiones políticas, la distancia que lo separaba de Barros Sierra se hizo abismal.

En la madrugada del 19 de septiembre de aquel año, horas después de que las tropas entraron en los recintos de la UNAM, el rector escribió de su puño y letra esta declaración: "La ocupación militar de la Ciudad Universitaria ha sido un acto excesivo de fuerza que nuestra Casa de Estudios no merecía. De la misma manera que no mereció nunca el uso que quisieron hacer de ella algunos universitarios y grupos ajenos a nuestra Institución. Habrá que repetir que el conflicto estudiantil no fue engendrado por la Universidad. La atención y solución de los problemas de los jóvenes requiere comprensión antes que violencia". Nunca lo hubiera dicho. La jauría se lanzó sobre él. A ella aludió en la célebre carta de su renuncia, llamada con justicia por don Gastón García Cantú "uno de los mejores textos de nuestra literatura política contemporánea".

"...estoy siendo objeto de toda una campaña de ataques personales, de calumnias, de injurias y de difamación. Es bien cierto que hasta hoy proceden de gentes menores, sin autoridad moral pero en México todos sabemos a qué dictados obedecen. La conclusión inescapable es que, quienes no entienden el conflicto ni han logrado solucionar, decidieron a toda costa señalar supuestos culpables de lo que pasa, y entre ellos me han escogido a mí. La Universidad es todavía autónoma, al menos en las letras de su ley; pero su presupuesto se cubre en gran parte por el subsidio federal y se puede ejercer sobre nosotros toda clase de presiones. Por ello es insostenible mi posición como rector, ante el enfrentamiento agresivo y abierto de un grupo gubernamental. En estas circunstancias, ya no le puedo servir a la Universidad, sino que resulto un obstáculo para ella".

Chávez y Barros Sierra, pues fueron hostilizados por Díaz Ordaz. Pero no sólo procedió así contra los jefes de la intelectualidad mexicana, Carlos Madrazo debió formar parte también de esta lista de los echados u hostigados por el ex presidente ahora muerto pues estamos persuadidos de que una forma de valorar a las personas, sobre todo en su tránsito final, consiste en revisar la lista de sus amigos y sus enemigos, pues por razones contrarias unos y otros definen a una personalidad. Madrazo, que había sido puesto en la presidencia del PRI por Díaz Ordaz, fue echado de ella con malas artes por el propio presidente, que también se deshizo, de análoga manera, del entonces regenté de la ciudad, Ernesto P. Uru-churtu.

Hemos ocupado un amplio espacio de esta nota necrológica recordando episodios de 1968, lo cual es inevitable, pues allí se resume la actuación de Díaz Ordaz como presidente. Al ser nombrado embajador de México en España, en 1977, el diario "El País", que representa el punto de vista de los sectores liberales moderados de la península escribió: "La opinión pública española tiene razones para sentirse desilusionada por la designación de Díaz Ordaz... el político más represivo que ha tenido México...".

En aquella misma época, por cierto, escribí esta apostilla: "El antidiazordacismo que de nuevo hizo erupción al reaparecer el ex presidente poblano parece borrar la responsabilidad que en grado similar a la de Díaz Ordaz le corresponde a su sucesor, secretario de Gobernación entonces: con las flagelantes palabras de Pablo Neruda, hay que pedir castigo no sólo para "el verdugo que mandó esta muerte", sino también para "el traidor que ascendió sobre el crimen".